

Microrrelatos

Joan Forner

Bajo la sombra de una flor

Cuánta bajeza, cuánta mezquindad manifestaban vuestros ojos. En mi pequeño mundo erais titanes devoradores nutriéndose de mi desdichada inocencia. De vuestra garganta nunca salían palabras. Eran artificios vacíos, impactos de un hacha mal afilada que transportaban una perversa realidad: que de almas turbias el mundo viene lleno.

Y allí me dejasteis, en tierra de nadie, impertérritos del sufrimiento ajeno y ebrios de un hedonismo bárbaro. Pero tenedlo siempre presente, panda de ególatras e ignorantes: yo jamás me fijé en vosotros. Vosotros, en cambio, me elegisteis a mí.

Insecto me hicisteis e insecto fenecí, como decían los partisanos, *sotto l'ombra di un bel fior*. Así es. El tiempo, implacable juez, me ha hecho alimento de la más bonita de las flores, que no es otra que el amor.

¿Pero qué sabréis vosotros, de las flores y el amor, si no habéis conocido el buen querer?

Seguro, habéis crecido y habéis aprendido nuevas formas de sobrevivir en este —vuestro— campo de batalla. Habéis vivido bajo el confort de la inconsciencia, la mayor virtud de los necios.

Por contra, yo, de vuestra miseria he hecho conocimiento. De vuestra insolencia he sacado palabras vivas, esas que no entenderéis jamás. Porque sí, panda de ególatras e ignorantes: de la rabia también se puede hacer poesía.

Bajo la sombra de una flor os observo, viejos fantasmas del pasado. Probablemente no seréis nunca castigados. Probablemente no conoceréis nunca la derrota. Porque antes de que os dieseis cuenta, ya habéis sido derrotados.

Efeméride

El temblor, la rigidez y una forzosa lentitud de movimientos le complicaban cada vez más la tarea de escribir. Pasaba la ochentena y se había propuesto ser honesto consigo mismo: recogería su vida en un volumen de memorias, esta vez sin filtros ni censuras.

Con una caligrafía titilante recorrió su infancia con gran solvencia. Tenía bien presentes los bofetones de un padre alcohólico o la mofa de los amigos por su voz aflautada. Con mayor dulzura recordaba el amor de su madre, la casa de campo, el olor del jazmín y la eucaristía de los domingos.

La juventud, allá donde se forja toda identidad, pedía expresarse el cerebro. Repasaría su modesta vida académica sin exhibir gran omnisciencia, el primer amor y el pasado republicano. Poco a poco fue perdiéndose en todo tipo de principios, pensamientos y reflexiones. Estrechaba la pluma con tanto ímpetu que se le escurrió de entre los dedos, dejando un río de tinta hasta precipitarse al suelo. Fue entonces, al inclinarse a recogerla, cuando una espantosa sensación le heló el corazón.

Justo debajo de la mesa una extraña presencia lo observaba con mirada funesta. Sus ojos, de un verde crisólito, se le clavaban como cuchillos afilados cortando su respiración. Se paró a pensar. Quién sabe, podrían ser síntomas delirantes de aquella maldita enfermedad. O, vete tú a saber, quizá se trataba de un simple e inofensivo gato negro que se había colado por la ventana. Sea como fuere, verlo allí plantado, a sus pies, lo incomodaba.

—¡Fuera de mi casa, criatura del demonio! —le espetó, queriendo intimidar.

La reacción del bicharraco lo volvió a sobresaltar.

—Enseguida. Aunque antes tendrás que escuchar lo que he venido a decirte: tienes un día para entregar tu relato —contestó el félido, antes de desaparecer no se sabe cómo.

Aún dudoso de lo que había visto y oído, se dijo a sí mismo que no caería jamás en esa trampa. Al fin y al cabo, por encima de él sólo estaba Dios. Y nadie más que Dios podía darle órdenes. La mañana siguiente la calle lo difundía: “Es 20 de noviembre. Ha muerto el dictador”.

La danza aérea

A las puertas del invierno, la abuela recuperaba el viejo brasero eléctrico, lo depositaba debajo de la mesa y abría la ventana de par en par. Le gustaba el contraste, decía, de sentir frío en el torso y calor en las piernas. Yo solía convoyarla al atardecer, cuando ella aprovechaba para darme su maestría mientras observábamos el paisaje.

—¿No te parece extraordinario? Durante la guerra, cuando comíamos migajas, se decía que los justos van al cielo. El cielo, en cambio, está lleno de pájaros, de nubes, de estrellas... En el cielo abunda la belleza. Es por eso por lo que cuando nos morimos queremos ir al cielo.

—¿Y qué es justo, abuela? —le pedí, incapaz de entender aquel juego de palabras.

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. ¿Quién puede saberlo? Lo que es justo para mí, quizá no lo es para ti... pero tenemos que aprender a respetarnos. Observa este grupo de pájaros.

Antes del anochecer, los estorninos iniciaban su danza aérea, dibujando perfectas siluetas en movimiento. Era una exhibición fascinante, solo al alcance de los mejores acróbatas.

—Si te fijas, ahora suben, ahora bajan, ahora se contraen y ahora se expanden. Cuando parecen ir al unísono, de repente, dos de ellos cambian de dirección, los de su alrededor los imitan y se parte el grupo en dos. Son como notas discordantes de una misma melodía.

— ¡Y, aun así, no chocan nunca!

— Y, aun así, no chocan nunca...

Contraviniendo a los preceptos de su generación, la abuela culminó el tortuoso camino de la apostasía el año 96, meses antes de dejarnos. Esparcimos sus cenizas cerca de la Sierra de Prades, allá donde, según ella, “algún día se destapará el hoyo donde se encuentra el abuelo”. Allá donde el cielo mantiene vivos todos los recuerdos que la tierra quiso engullir.

La gran parábola

Vengo de un mundo con forma de esfera, que da vueltas y vueltas... Y de igual condición me concibieron, según dicen, hace cerca de tres mil años. De mis antepasados se han documentado ejemplares hechos de caña, papiro y, no lo diríais jamás, también de marfil. Fijaros si soy importante que grandes pensadores como Homero o Platón ya dejaron constancia de mi legado en sus obras.

A lo largo de todo este tiempo he servido como artefacto indispensable en múltiples disciplinas con un único objetivo: entreteneros (que, naturalmente, no es poco). Para conseguirlo, me habéis hecho mover de un lado a otro; me habéis golpeado; me habéis colado por un agujero y me habéis hecho bailar, correr o incluso trasnochar en un tejado desconocido. Y yo, fiel a mi vocación de servicio, no he protestado jamás.

Ahora, sin embargo, permitidme hacer un salto: de esos que tan bien se me dan, en parábola, cayendo directamente sobre vuestras consciencias.

Yo, que en nombre del deporte he sido objeto de todo tipo de pleitos, vengo a pedir os calma. Vengo, sobre todo, para manifestar mi *bote* a favor de la estima, de la igualdad y del espíritu solidario que deberían acompañar toda práctica —con o sin mí—.

Desplazad, por favor, el odio y el rencor hacia vuestros competidores. Quienes tenéis el deber de instruir, haced siempre pedagogía de ello: jugamos “con” y no “contra” alguien. Vosotros que podéis, disfrutad del privilegio de tener el don de la voz, abrazando la palabra y

absteniéndoos del insulto. Que los anfiteatros donde os reunís sean espacios de acogida, donde se celebren —y no se disputen— competencias.

Eliminad de vuestros relatos toda proclama bélica, completamente innecesaria, para referiros a mí. No soy un obús, ni un cañonazo, ni sirvo para fusilar a nadie.

Si el deporte va de no rendirse, no os rindáis tampoco al azar. Si me tratáis con destreza, tarde o temprano haré lo que me pedís. Rechazad la trampa, el engaño y el lucro, que el trabajo bien hecho siempre tiene su recompensa.

Observo con preocupación, también, una taxonomía de género poco paritaria y fuertemente marcada por vuestro dimorfismo sexual. Hay que reconocerlo, ser un objeto inanimado tiene sus ventajas. Serviros de mi ejemplo: me llamáis en femenino, masculino o neutro, siendo mi respuesta la más absoluta indiferencia. Me fabricáis y me compráis, a montones, siéndome otorgado un mismo valor de mercado.

Si “la diversidad es la única cosa que todos tenemos en común”, como dijo un sabio, no hagáis caso a quienes solo pretenden dirigir a las masas contra un falso enemigo por razones de color u origen. ¡Miradme a mí! Me habéis hecho de tantos tamaños, colores y formas como han cabido dentro de vuestra imaginación...

Por último, no olvidéis que un resultado es una cifra, pero una experiencia es un recuerdo para toda la vida. Y en la vida, amigos mortales, no hay tiempo añadido...

La corta vida de Martin

En medio de una gran excitación, Martin fue llamado a filas. Formaba parte de la llamada ‘leva del biberón’, una generación que vio cómo su corta vida era entregada de forma prematura a una causa que exigía un gran sacrificio. El decreto de reclutamiento, que entró en vigor por la vía de urgencia, causó un gran revuelo entre los convocados.

—¡Nos ha tocado! ¡A nosotros! ¿Sois conscientes? ¡Hemos sido elegidos para cambiar el curso de la historia! —exclamó uno de los compañeros de batallón.

Martin, más prudente, probó de frenar aquel entusiasmo.

—Te equivocas, amigo mío... Las órdenes vienen de arriba, y nos envían a una muerte segura.

—¡Son los designios del destino! ¿No te lo enseñaron eso en el seminario? ¡Todos nacemos con un propósito!

—¡Basta! —se entrometió un tercero— ¡Si nos ponemos de mala leche no lo vamos a lograr! El reto que tenemos delante pide mucha concentración. Al final de este camino se encuentra un fortín. Debemos conquistarlo, pero cuidado, que el peligro acecha. Sed rápidos y no miréis atrás...

Sin más demora, el grupo al completo se sumergió en aquella ardua misión de infantería. Avanzaban, de manera desordenada, rehuyendo todo tipo de obstáculos. Sin embargo, mucho

antes de alcanzar su meta empezaron a fallarles las piernas, mientras decenas de esteroides caían del cielo abalanzándose sobre sus cuerpos inertes.

Martin, que gozaba de un buen estado de forma, fue la excepción. Cogió impulso y de una corrida alcanzó su destino. Sigilosamente, penetró en el interior del recinto, erigiéndose amo y señor del lugar. Su gesta inspiraría a generaciones futuras y sería recordado, por siempre jamás, com “Úter King”.

La belleza de las cosas simples

Desde bien joven tuvo que aprender a eludir los obstáculos de un mundo regido por normas de dudosa moralidad. «La felicidad no viene servida en bandeja de plata», le había oído decir tantas veces a su padre. Aquel principio fundamental lo acompañó hasta el día en que, casi por gracia divina, la vida le puso delante un artefacto prodigioso.

De aspecto luminiscente y con propiedades ultramundanas, el objeto se convertiría pronto en testimonio mudo de su existencia: lo escoltaba de noche y de día, lo guiaba por todos los senderos y le brindaba refugio en presencia de cualquier adversidad. Al poco tiempo las relaciones humanas dejaron de serle prioritarias, y aquello que había devenido su talismán acabó por exhortarlo en cada decisión hasta absorber poco a poco su identidad.

Cuando nada parecía poderlos separar, el binomio se deshizo cuando uno tropezó y el otro se rompió, poniendo fin a una relación que empezaba a intuirse perniciosa.

En choque por lo ocurrido, escrutó el paisaje tratando de orientarse en medio de aquel vacío. Entre llantos y gemidos recorrió las calles como un niño despojado de su juguete mientras buscaba desesperadamente la forma de recuperarlo.

De repente, una extraña percepción lo hizo detenerse. En su entorno se perfilaba un universo en movimiento que no recordaba haber visto antes: sintió como nunca el cantar de los pájaros,

el aroma del café molido y el tacto de las vestiduras; los árboles caducifolios anunciaban un cambio de estación, y en cada rincón se escondía una historia que disfrutaba descubriendo. Apreciaba cada pequeño detalle inmerso en una especie de catarsis que le agudizó todos los sentidos.

Siguió avanzando y vio el rótulo de un establecimiento. Analizó sus materiales, la técnica de impresión y los acabados. Le pareció lo bastante convincente para entrar.

—¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó el tendero.

—Míreselo bien...

—Es del todo irrecuperable. Pero aquí tengo otro de oferta: pantalla retina, 5G, cámara de 3 lentes y 500 gigas de memoria.

—¡Cóbremelo, que me lo llevo!

Quid Pro Quo

Los primeros instantes suelen causar un gran desconcierto: no sabes por qué estás aquí ni recuerdas quién soy yo. Pero no te preocupes, que tenemos todo el tiempo del mundo.

Íbamos siempre de la mano, pero jamás me quisiste tuya. Delante de ellas te las ingeniabas para mantenerme oculta y desconocida, desvaneciendo cualquier recelo que pudiera torpedear tus conquistas. Debo admitir que tenías mucha traza: gallardo como un ángel y con esa pose de *bon vivant*, dominabas como nadie el arte de la fascinación.

Exhibiendo una astucia vulpina les bailabas el agua citando a Shakespeare cuando, no hace falta decirlo, tú siempre fuiste más de cabaré. Bajo tu capa de terciopelo escondías con gran maestría todo tipo de execrables intenciones que solías cumplir invitándolas a tumbarse contigo. Y lo hacías como a ti te gustaba, vestido de Adán, imponiendo tu ley y rodeando sus cuerpos entre los bastidores de la tragedia.

Desventuradas Carmen, Ana y Dolores, a quienes privaste de inocencia. Otras, como Inés, ya están en el hoyo. ¡Cuántas vidas arruinadas! Y aún así yo seguía esperándote, buscando el abrazo que siempre me habías negado.

Esta mañana he venido a verte, como es habitual, a hurtadillas, por miedo al

"qué dirán". Te he encontrado delante del espejo, engalanado y con esa mirada narcisa que sueles usar para ensanchar tus dominios. Y, por fin, hoy sí, he sabido que era el momento. Como dos siameses nos hemos fundido sobre el reflejo de tu rostro ennegrecido.

El Ministerio de los Sueños

Un gran Rolex de pared gobierna la sala ante el desasosiego de los convocados. El silencio presente rezuma una atmósfera hostil, propia de los combates más despiadados de la meritocracia. Uno a uno, entran y salen de la dependencia anexa evitando la mirada comprometedora del adversario anónimo. Saben que solo hay sitio para uno de ellos.

El entrevistador es un tipo a quien podría atribuirse fácilmente le autoría de la oferta: “Buscamos a una persona con ideas disruptivas”. Tiene unos cincuenta años, pose snob y un ‘look’ poco ordinario para su edad.

—¿Mario Pérez?

—Yo mismo.

—Te toca. *Com'in!*

El aspirante atraviesa la puerta consciente de que ha llegado el momento de desplegar sus alas.

—Bienvenido al Ministerio de los Sueños, Mario. Como ya sabrás, no somos una agencia de publicidad convencional. Aquí nos gusta el rock'n'roll, tenemos unos KPI's muy

ambiciosos enfocados a aumentar los *leads* y el *engagement* con nuestro *target* para conseguir *quick wins*. Por eso queremos incorporar a un redactor con *expertise* digital y muy buen rollo que nos ayude a crecer. Pera evaluar tu talento, te haré una pregunta.

— Adelante, por favor...

—¿Qué es para ti la fortuna?

—Mmm... La auténtica fortuna es el suspiro del viento en una tarde de verano, la caricia del sol en la piel, el agradable sonido del mar al atardecer o el canto de un gorrión en el crepúsculo matutino. Es la sonrisa de un niño, el aroma de una flor y el sabor de un beso. Es la magia que nos mueve, la pasión que nos motiva y el amor que nos une. Fortuna es todo aquello que no puede comprarse con dinero, pero que hace que la vida tenga sentido.

—¡Cool! ¡Has estado brillante, te mereces mi aplauso!

—Gracias.

—Mi instinto de *talent hunter* no suele fallar. Creo que cumples a la perfección con el perfil que buscamos. Echa un vistazo al precontrato y firma aquí abajo, el trabajo es tuyo. ¡Enhorabuena!

El candidato observa con atención el documento: “40 horas semanales, días de guardia, disponibilidad en fines de semana y 15.000 euros brutos al año”.

—Disculpe, pero no lo veo claro. Tantas horas y este sueldo...

—¿Y qué querías? ¡Necesitamos tu talento, no que nos cuestes una fortuna!